

La tercera España



Miércoles, 12 de mayo de 1937

¿Existe una «tercera España», siguiendo la expresión y la idea tan querida para los hispanófilos, y notablemente entre ellos mi amigo, el distinguido colaborador de *L'Ère nouvelle*, B. Mirkine-Guetzevitch?

Ciertamente, ha existido esa tercera España que podría renacer, y hay en ella ahora un recuerdo y una esperanza, que debemos apreciar sin pesimismo y sin demasiadas ilusiones. Deseo hablar de ella porque he tenido el honor de representar a esa España democrática, incompatible con una dictadura roja o negra. Era una España constitucional y parlamentaria, que deseaba sin embargo curar al régimen de los defectos y de los peligros de un parlamentarismo sin medida, donde todos los vicios ya anticuados del sistema se encontraban aumentados.

Se trataba de una España cordialmente igualitaria, enamorada de la justicia social, dispuesta a avanzar en esa vía, sinceramente, con toda la rapidez conciliable con las fuerzas de la economía nacional, precisamente para alcanzar esa meta, odiaba la lucha de clases.

Católica en su mayoría, pero sin formar un partido confesional, esa tercera España había condenado y desterrado la intolerancia y el fanatismo de la reacción. Censurando a la vez, incluso por sus elementos heterodoxos, librepensadores o no-practicantes, esa otra forma de ofensa a la libertad de conciencia que estalla en la masacre del clero y de las religiosas, o en los incendios de las iglesias.

Esa España con el legítimo orgullo de su historia y la clara conciencia de las realidades tenía su patriotismo, el cuál no miraba hacia atrás para la reconstrucción quimérica de una hegemonía caducada, y no conveniente incluso a su época. No se sentía tampoco dependiente internacionalmente de las patrias ajenas o de sentimientos que podrían minar la integridad de España. Queríamos asegurarle a ésta el papel de gran potencia moral, lo que le corresponde por pleno derecho que podría ser tan útil para la paz del mundo al igual que para el éxito pacífico de unas justas reivindicaciones nacionales.

Pero la piedra de toque para reconocer la tercera España era el problema de la guerra civil, esa herida tan peligrosa de la vida española. Mientras que las

otras dos Españas deseaban la guerra civil y se preparaban para ello, la tarea de la tercera España era impedir esa guerra con la noble esperanza de hacer brillar en América la buena lección de una raza redimida de su debilidad mortal.

Esa tercera España, siendo la más razonable, era la más débil. Pero hubo un momento en que, derribada la reacción por sus pesadas faltas y sometida la extrema derecha a una necesaria tutela, la tercera España tomó la delantera.

Ocurrió en los gloriosos e inolvidables días del 12 y 14 de abril de 1931, los de la revolución pacifista y fecunda. Pero pronto, el 10 de mayo siguiente, una imprudente provocación de la extrema derecha fue de pronto aprovechada, no sin una minuciosa preparación, por la extrema izquierda, empujando hacia los desórdenes y los incendios. Bajo la influencia de esos acontecimientos, las derechas casi se abstenían y las izquierdas no guardaban ni practicaban la lealtad con respecto a los partidos republicanos moderados. Provocaron la elección de una Cámara constituyente donde la tercera España era aplastada; y ocurrió lo mismo en las Cortes ordinarias como resultado de un método electoral absurdo e injusto.

La tercera España, sin posibilidades de justicia electoral y no pudiendo reforzarse, se encontró pronto debilitada en su ala derecha por la debilidad o la deserción de sus elementos burgueses o rurales, asustados ante los excesos, y en su ala izquierda por la ambición por el lujo y las ventajas del poder monopolizado que empujó a una cierta parte de la élite intelectual hacia la puja demagógica más inconcebible. Hubo allí gente sin emoción democrática, fraternal, igualitaria, que han conducido al país y al régimen hacia su ruina por la carrera hacia los extremismos. Hubo unos «increíbles», verdaderamente *increíbles*, porque no estaban en absoluto dotados para jugar ese papel, que sin embargo arriesgaron todo el porvenir de la patria sin titubear delante de las lecciones de historia olvidada y cambiada; gentes que han permitido unas matanzas mucho más espantosas y numerosas que aquella gente de septiembre para gozar de los placeres refinados del Directorio.

La guerra civil desencadenada significó la derrota por adelantado de la tercera España. Esta ha sufrido, como víctima, odios en las espantosas operaciones de retaguardia. Tuvo que someterse a los jefes de cada zona, según una necesidad sin elección. No puede hablar más, y no se atrevería ni siquiera a pensarlo. Sus dirigentes deben llevar una existencia de sacrificio y de pobreza en el exilio,.. Y sin embargo, es esa tercera España, deshecha, esparcida, la única esperanza de renacimiento de la vida nacional que se le puede asegurar

y permitir a todos los Españoles. ¿Podrá ésta conseguirlo? Es posible, aunque sea muy difícil.

Eso no será posible más que por la evolución, rápida o ralentizada, de la conciencia española, quizás por un repentino giro de ésta, persuadida por la locura de las soluciones extremistas.

Desde fuera de España, podemos y debemos favorecer el clima, el necesario ambiente para una tal solución, pero a la vez teniendo cuidado de no imponerla. Habrá que esperar, aunque la espera sea angustiosa y desesperada; y es necesario también no olvidar esta posibilidad.